

era un baile; era una recepción, era una tertulia elegante en la que se haría música, se recitaría ó se improvisaría algo.

En el salón había mucha luz. De los candelabros de bronce que lucían en artísticas mesas, de los albornotes fijos al lado de los espejos y de los cuadros de afiligranada enmarcadura y de las arañas pendientes de los arcezonados techos se desprendían á torrentes millares de dorados rayos de luz eléctrica que, reflejándose en las grandes lunas biseladas de los espejos y refractándose en los cristales prismáticos de los portaluces, daban al salón un aspecto encantador.

En uno de los muros de la sala y destacándose entre los ricos cortinajes de los balcones estaba el piano y á su lado el arpa dorada que iba ser pulsada por un artista, verdadera inspiración del genio.

El festival daba principio. Una niña de corta edad, un ángel de ojos azules y cabellos de oro iba á arrancar al teclado de marfil dulces sonoridades, tan dulces como las miradas de sus ojos azules y tan tiernas como las caricias del viento cuando hacía ondular aquella cabellera de oro.

Y se llegó la niña al piano y sus blancas manecitas recorrieron el teclado que gemía en tiernísimas notas, á la vez que parecía que

aquellos ojos azules reflejaban las amargas tristezas del dolor. Y cuando en arpeggios meliosos brotaban de aquel teclado cascadas de armonías parecía que en los ojos azules de la niña cintilaba la nítida luz de las estrellas.

La niña terminó y cuando el aplauso unánime de la concurrencia coronaba á la incipiente artista, de pié, junto al piano, agradecida llevó á sus labios sus blancas manecitas y envió á los concurrentes un beso cariñoso el ángel de ojos azules y cabellos de oro.

Tocó su turno á un cantante de ópera italiana que había sido invitado por un amigo de la casa; y correcto, elegante, con la sublime excelitud del arte cantó una serenata llena de ternuras y llena de sentimientos y dolores y arrancó aplausos y murmullos de admiración á su escogido auditorio.

Don Benjamín Fernández llegaba por primera vez á la casa de las Salamanca presentado por Julio Mendizábal con la autorización de Don Aristeo.

Fernández ofreció sus respetos á la familia Salamanca y después de algunas presentaciones, se dirigió á conversar con Margot que era la persona que más de cerca se encontraba.

—Muy satisfactorio me es, le dijo, apro-

vechar esta ocasión para presentar á ustedes mis respetos.

—Para nosotras es muy grato que usted haya venido á esta recepción. Ya teníamos deseos de que asistiera usted á nuestras reuniones. Recibimos el segundo y el cuarto jueves.

—En alguno de esos días voy á tener el gusto de repetir á ustedes mi visita.

—Margot se sintió poco inclinada á continuar conversando con Fernández y excusándose se alejó al extremo opuesto del salón á conversar con Mendizábal.

—Oye Julio, le dijo Margot, ¿Porque trajiste á Fernández á presentárnoslo?

—Por que es un caballero correcto y un buen amigo y no creo que te haya desagradado su presencia.

—No, no es eso; pero es un tipo ridículo y cursi que produce mal efecto en una reunión elegante.

—No te expreses así Margot. El Señor Fernández es una persona decente y es además muy ilustrado.

—Pues mira, Julio: no nos traigas sabios tan cursis como tu amigo.

La juvenil pareja interrumpió su conversación por que en aquellos momentos la atención de todos los concurrentes se concentraba á un punto del salón.

El poeta iba á hablar. Le había tocado su turno en el festival onomástico de Don Aristeo.

Habló, y al hacer vibrar las cuerdas de oro de su lira, su voz tuvo las suaves inflexiones del más puro sentimiento. Habló de sus ilusiones muertas, de sus ensueños caídos y en afiligranado poema hizo el cántico sagrado de sus tristezas y sus dolores. En las cuerdas vibrantes de su lira palpitan girones de su desgarrado corazón; y cuando al terminar, en las últimas estrofas volcó el ánfora de sus afectos, repleta de tan amargas decepciones, pareció que se rompieron las cuerdas de oro de la lira siempre inspirada del poeta.

La concurrencia coronó al vate sentido del dolor con aplausos y felicitaciones.

Las Salamanca no lo comprendieron; pero como les pareció que era cursi no aplaudir, también tuvieron un aplauso de admiración para el poeta.

Doña Lucesita, la esposa de Don Aristeo se había quedado dormida sentada en un sillón; y cuando al aplauso de los concurrentes despertó, tuvo una frase típica muy digna de ella.

Me estaba adormeciendo, dijo, con el discurso de ese señor.

*
* *

La media noche marcaba la aguja en el cuadrante de la antesala, cuando damas y caballeros se dirijieron al comedor á gustar del lunch que rociado con champagne ofrecía á sus amistades la familia Salamanca.

La magnífica araña de cristal y bronce que pendía del florón central de la techumbre lanzaba las irradiaciones de sus múltiples focos de luz incandescente, que se reflejaban en las barnizadas puertas de caoba y en las esmaltadas superficies de las porcelanas y que se quebraban en rayos de luces policromas al refractarse en la limpia transparencia del cristal de bazarat.

Y entre el bullicio de la fiesta y las alegres sonrisas, se alzaban las copas del espumoso licor y se brindaba.

Terminado el lunch los concurrentes volvieron al salón.

La animación comenzaba á decaer cuando Don Benjamín Fernández se acercó á conversar con Mary la hermana de Margot; y después de un corto rato se afirmó en la idea que se había formado de la estrechez de criterio de las señoritas Salamanca.

*
* *

La aristocrática tertulia terminaba. Los concurrentes comenzaron á alejarse; y cuando el rodar del último carruaje se perdía en el silencio de la noche, las Salamanca se encerraban en sus alcobas para dormir y soñar.

Y durmieron y soñaron, en tanto que la gente que trabaja comenzaba ya la lucha diaria por la existencia.

Y cuando en las horas tempranas de la mañana, alegres, sonrientes, satisfechas, centenares de obreras con la frente coronada por la magestad augusta del trabajo poblaban los grandes talleres y las fábricas, las Salamanca soñaban y dormían.

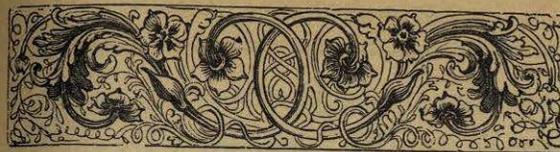
Y cuando á los almacenes, á los escritorios y á los ferro-carriles, llegaban al trabajo millares de personas de la clase media, de esa clase privilegiada productora de tantas energías y de tantas actividades del progreso humano, las Salamanca, las dora-
jos por el cam^o y dormían.

comenzaba á acercarse al ocaso de su vida se sentía satisfecho de sus hijos.

Octavio poseía todas las grandes cualidades morales y todas las virtudes cívicas, y Blanca, aquella bellísima criatura, tenía alma grande y corazón de oro.



... cuando
acercó á con-
versar con ella, la hermana de Margot; y
después de un corto rato se afirmó en la idea
que se había formado de la estrechez de cri-
terio de las señoritas Salamanca.



V.

EN una casa de la colonia de Guerrero vivía una familia muy honorable de la cual era jefe Don Alejandro Collantes. Joven aun, había comenzado á trabajar al lado de un mecánico científico; y después de algunos años de labor constante, llegó á ser el primer jefe de los talleres de uno de los grandes ferro-carriles del País.

Su esposa lo alentaba en las grandes dificultades de la vida y con su trabajo lo ayudaba en la formación de su fortuna.

Sus hijos Octavio y Blanca, á quienes había educado en el hábito de las virtudes y el trabajo, completaban aquél hogar feliz.

Don Alejandro había conducido á sus hijos por el camino de la moral y cuando comenzaba á acercarse al ocaso de su vida se sentía satisfecho de sus hijos.

Octavio poseía todas las grandes cualidades morales y todas las virtudes cívicas, y Blanca, aquella bellísima criatura, tenía alma grande y corazón de oro.

En los talleres del ferro-carril trabajaba Octavio con Don Alejandro; y los empleados superiores de la Compañía y los obreros de los talleres lo consideraban como el futuro y digno sucesor de su padre.

Y Blanca, la niña de ojos negros y cabellera de seda, sólo tenía una aspiración: hacer el bien.

Blanca era un tipo sublime de belleza; en su frente del color de la nieve de los volcanes, encuadrada en la seda imperial de sus cabellos, se adivinaban sus puros y nobles ideales; en la luz esplendorosa de sus ojos se reflejaban las grandezas de su alma; y en sus labios rojos como la flor del terebinto puso la mano de Dios la dulce sonrisa que calma los dolores y que alienta las esperanzas.

Apenada profundamente por las debilidades y las miserias de la humanidad, pensaba siempre en la manera de remediarlas; y apenada también por los sufrimientos y los dolores ajenos, siempre se afanó en curar esos sufrimientos.

Constante en sus ideales de caridad, acogió con entusiasmo una idea sugerida por su hermano: la fundación de un buen asilo para la infancia, para amparar á tantos pobres niños desheredados de la fortuna. Las fibras delicadas del corazón de Blanca se estreme-

cían en convulsiones de agudísimo dolor cuando sabía que la miseria envolvía con su manto á una legión de niños que formaban parte de hogares tristes en donde reinaba el hambre ó que faltos de hogar pasaban las noches recostados junto á las puertas cerradas de algunas casas ó buscaban abrigo bajo el techo de los portales públicos.

Y comenzó su labor acudiendo al auxilio de caballeros y damas; y acudió á las Señoritas Salamanca; pero ante la frialdad con que Margot y Mary escucharon su proyecto, sintió una profunda compasión por ellas, no sin comprender que la caridad protegería su empresa y que pondría á su servicio el dinero de otras cajas.

Por aquel tiempo la guerra de independencia hacía incontables víctimas en los abrasadores campos de la Isla de Cuba, y Blanca pensó dejar encomendado temporalmente á su hermano el desarrollo de aquella empresa y formar una legión de damas con la cruz roja por divisa para ir á la Isla á compartir el sufrimiento; mas prescindió de su proyecto porque á raíz de la toma de Cavite y del desastre de Santiago surgió á la vida independiente de los pueblos nuestra hermana la República de Cuba.

Blanca era una estrella resplandeciente en el hogar de Don Alejandro Collantes.



VI.

HABIAN pasado algunos meses desde la fiesta en la casa de don Aristeo. Fernández había ido á Estados Unidos del Norte á enterarse personalmente del funcionamiento de unas máquinas modernas y estaba ya de vuelta en la Ciudad de México.

Al salir de un Restaurant se encontró con Julio Mendizábal á quien le preguntó por la familia Salamanca. Julio le informó que hacía varios días que Don Aristeo estaba enfermo de tifo, que él no iba á la casa por temor de contagiarse; pero que sabía que los médicos encargados de la curación del enfermo opinaban que éste no sanaría; que ninguna de las personas que frecuentaban la casa iba á ella por el temor del contagio y que las hijas de Don Aristeo, por el mismo temor, tomaban poca ingerencia en la curación del enfermo y que solo la señora lo atendía; pero que como ésto no era bastante se había acudido á la conferencia de San Vicente y dos hermanas atendían al enfermo.

Alejándose como se aleja mas cada día, la caridad cristiana de todas las clases sociales aun hay y seguirá habiendo almas buenas que observen las máximas sublimes del Evangelio. La caridad que declinó en filantropía enjuga llanto con confetti que riega á profusión en esas fiestas que ostentosa-mente se llaman kermeses de beneficencia ó caridad; pero la caridad cristiana, la caridad que encarnó en San Vicente, la caridad que fué á las Indias orientales con el nombre de Francisco Javier y que vino á las Américas con los nombres de Pedro de Gante y de Bartolomé de las Casas, esa caridad bendita se mantiene incólume á través de las edades y en los albores del siglo veinte lleva á la cabecera del lecho de los enfermos á esos ángeles abnegados á enfrentarse con los microbios y el contagio. Y ¡cuantas veces sucumben en la lucha! La caridad tiene sus héroes y sus heroínas y tiene tambien sus mártires sagrados.

Don Aristeo sufría las penalidades del tifo exantemático; y como sus doradas hijitas no se resolvían á atenderlo, dos hermanas de la conferencia las estaban supliendo en el cumplimiento del deber.

Fernández no ignoraba que en la Ciudad de México por encima de todos los afectos y muchas veces aún por encima de todos los

deberes se levanta terrible, amenazador el miedo á los microbios del tifo y creyendo que en el aislamiento en que Don Aristeo se encontraba podría necesitarlo, se encaminó en seguida para la casa de las Salamanca, á donde llegó cuando Don Aristeo acababa de expirar.

Los amigos de la casa, los elegantes, los dorados, no llegaron y el tipo ridículo, el cursi fué el que arregló todo lo conducente al entierro y no dió por terminada su misión, sino hasta el siguiente día cuando estuvo de vuelta del cementerio después de haber presidido el duelo, cuyo cortejo se componía de él y de los mozos de la agencia de inhumaciones.

A los pocos días el Consejo de Salubridad enviaba á sus empleados para que hicieran la desinfección de la casa; y cuando ésto hubo pasado, los amigos de la familia comenzaron á llegar á manifestar su condolencia, y entre ellos, el primero Julio Mendizábal, quien les dijo que había estado ausente y que después de su regreso supo la muerte de Don Aristeo.

